

La inteligencia cervantino – quijotesca: ¿Dimensión jesucristica? Una reflexión personal*

Javier Ciordia Muguerza
Catedrático, Departamento de Español
UPR-Ponce

- “El que no practica la justicia no es de Dios, y tampoco el que no ama a su hermano”.(1ª. Jn. 3,10)
- Porque sin misericordia será juzgado el que no hace misericordia.
- La misericordia aventaja al juicio.
(Santiago, 2, 13)

Resumen

Como indica este título, se trata de una reflexión querenciosa sobre la actitud existencial, tanto de Cervantes como de su protagonista máximo don Quijote, ante los avatares del vivir y del convivir de ambos. En uno y otro dicha actitud se me revela como marcada, más allá de todo dislate, por la impronta de la justicia, de la tolerancia y de la misericordia, trío de virtudes que dimanar, en principio, de la materia prima de Alonso Quijano, apellidado “El Bueno” y, simultáneamente, de la ejemplaridad de la Caballería Andante, al par que la del Maestro de Nazaret. Esta reflexión me induce a sospechar -e incluso a afirmar- que nos hallamos ante un texto de auténtica espiritualidad cristiana, al par de connotaciones jesucristicas; espiritualidad y connotaciones que el lector avezado detecta en sus páginas una y otra vez.

Palabras claves: actitud existencial - Cervantes - Don Quijote - espiritualidad cristiana - ejemplaridad

Abstract

As the title indicates, this is a loving reflection on the existential attitude towards life's ups and downs both of Cervantes and of his main character, Don Quixote, who seem to share the same vicissitudes in their existence. In both of them, this attitude reveals itself, beyond all absurdities, as marked by the seal of justice, tolerance and mercy, a trio of virtues that flow, in essence, at the same time from Alonso Quijano's raw life-stuff, from the exemplary character of the institution of errant Knighthood, and from that of the Master of Nazareth himself. This reflection leads me to suspect, and even affirm, that I have before me a text of authentic Don Quixote Christian spirituality as well as Jesus-like connotations that the seasoned reader will find in its pages again and again.

Key words: existential attitude – Cervantes - Don Quixote - exemplary - Christian spirituality

Varias son las obras de la literatura universal -clásicas y modernas- que me han conmovido y que reverencio, incluso. ¿Cómo olvidar, por ejemplo, la **Antígona**, de Sófocles, o **El idiota**, de Dostoiewski, o **Chacun dans sa nuit, -Cada uno en su noche-**, de Julien Green? Pero, si ciertamente estas obras me han impresionado, ninguna, quizá, tanto como **El Quijote**, libro mágico, inagotable, incalculablemente sugestivo, es decir, polisémico y, como tal, abierto a múltiples y distintas interpretaciones. Es, además, un libro que trasciende el espacio y el tiempo y que interpela, de una forma u otra, a todo lector, pudiéndose hacer de él una lectura erudita o ingenua; regocijante o melancólica; simplemente caballescra o cristiana. Es esta última la que pretendo sugerir en estas notas. Si el término perfección cuadrara al ser humano, diría que es un libro perfecto, un prodigio de inspiración y de humanidad. Posee, en efecto, el sentido de lo ambivalente de la vida, que es el de la dualidad entre la plenitud y el vacío; entre lo que se puede ser y lo que se es; entre la euforia y la nostalgia; entre el rapto ensoñatorio y la cruda realidad; entre la exaltación y la palinodia.... Y, aunque a su protagonista le salgan mal sus aventuras, jamás deriva hacia el resentimiento, la frustración o la amargura; ni tampoco se siente vencido. Antes bien, extrae nuevas energías de cada fracaso y se recupera emocional y vitalmente, como si fuera un "ave fénix".

Desde el punto de vista lingüístico, **El Quijote** es una síntesis de transparencia y de naturalidad, de asombro deslumbrante y de penumbra, de equilibrio entre las tensiones narrativas: mitad regocijo y mitad pena, mitad augurio y mitad desconcierto, mitad "bálsamo de fierabrás" y mitad manteamientos y golpizas. Por lo uno y

por lo otro, un libro hilarante, frutivo, ejemplar. Mueve a risa y a burla, pero en su trasfondo hay una copiosa melancolía. El lector avezado usufructúa en él, tanto la sabiduría de la humildad, como la humildad de la sabiduría. Y por lo uno y por lo otro, lo venera.

Pero hay algo que resalta por encima de lo dicho. Este algo, al que quizá no todos llegan, se llama espiritualidad. **El Quijote** es, en última instancia, un tratado de espiritualidad cristiana. ¿Acaso su protagonista no está, de algún modo, diseñado jesucristicamente? Así lo creo yo. Por eso, al margen de todas las reconfiguraciones que, a cuenta de su acción se han construido, me propongo, en esta reflexión, esclarecer en lo posible, sin salirme del texto, la idea que acabo de sugerir. Es ésta una idea que no se denota, que no se enuncia de manera explícita, pero que se connota, que se percibe, que se irradia, incluso, tras cada gesta suya. Se irradia, más particularmente, en su programa de acción. Porque don Quijote tiene, sí, un programa que se puede adjetivar de cristiano, a imagen y semejanza del que tuvo Aquel de quien, según refieren los evangelios, "pasó por el mundo haciendo el bien a todos".

En principio, no se puede olvidar que la materia prima de que está hecho don Quijote es la de la persona misma de Alonso Quijano El Bueno, un ser respetado y querido por todos los vecinos del lugar. Lo de "el bueno" le pertenece, pues, por título propio de familia; es decir, como por herencia. Y, claro está, la bondad que sugiere y que augura su nombre le sigue, tras su conversión en Don Quijote, como cualidad inherente a su persona. Le sigue, en cumplimiento del axioma que afirma que "todo lo que se hace, se hace

al modo de quien lo hace"; y en conformidad, así mismo, con otro apotegma irrefutable que asegura que "el obrar sigue al ser". Ambas sentencias se pueden aplicar, por idéntica razón, al autor de la obra, Cervantes. Su protagonista responde, en cuanto a sus actitudes y a sus aptitudes, a la idiosincrasia y a la inteligencia del autor. Por eso hablo de la inteligencia cervantino-quijotesca. Sé,-¡Dios me libre de lo contrario!-, que no siempre es válido el tránsito de la obra al autor, ni de éste a la obra, máxime si se trata de creaciones literarias. Pero, si en el conjunto de la creación literaria de un escritor se repiten, una vez y otra en sus personajes las mismas ideas, los mismos sentimientos, las mismas fobias o las mismas querencias, cabe sospechar y, acaso, concluir, que dimanan de su propia conciencia y de su forma personal de pensar y de sentir. Desde este punto de vista, sospecho, conjeturo y afirmo que detrás de Don Quijote está su creador quien, al par que, se enmascara tras él, se autoproyecta. Y, en ocasiones, hasta se adueña de la personalidad del personaje, como cuando recaba para sí la paternidad y la autoría, con expresiones tan exclusivistas y celosas como éstas:

Para mí solo nació Don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno. (II, 74, p.1060)

Sospecho que, en primera instancia, estas palabras no son más que un repudio del Quijote de Avellaneda; pero, ¿quién puede afirmar que no sean también un atestado de identidad? Un atestado más o menos apócrifo, claro está, y no en todos los aspectos o facetas, aunque sí en los más raigales y trascendentes.

Y, tras esta elucubración, paso a detectar, en la línea de mi interés ideológico, los rasgos más personales del héroe cervantino o, por mejor decir, su diseño existencial.

Lo primero que se percibe es su autopercepción. Don Quijote se conoce a sí mismo y sabe, realmente, cómo es. Por eso, a raíz de uno de los primeros episodios, se manifiesta y se autopercibe como un ser de carácter benigno. Él mismo delinea y reconfigura su perfil psicológico cuando declara:

...como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre a hacer el bien a todos y mal a ninguno.(I, 25, p.725)

¡Hacer el bien a todos! ¿No es esto lo mismo que pretendía y llevó a cabo el Maestro de Nazaret? ¿No será éste uno de los paradigmas o modelos cervantinos? Es lo que intuyo.

En otro momento, ya al final de la obra, hallándose en la casa de los Duques, responde así al engreído eclesiástico que comparte con él la hospitalidad de éstos:

Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que sonde hacer el bien a todos y mal a ninguno.(II, 37, p.770)

Ante esta declaración, cabe preguntarse: ¿No se dice en el Nuevo Testamento que "el que obra bien es de Dios?" (3ª. Jn.11) y que "el que no practica la justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano?" (1ª Jn. 3,10)

A la luz de estas expresiones, al parecer sinceras, cabría definir a don Quijote, de forma bastante apropiada, como un héroe de la bondad y de la

benignidad, cualidades ambas que no siempre son bien comprendidas y que tampoco triunfan. De cualquier modo, la una y la otra parecen ser las normas que regulan su conducta y que en ellas se realiza su señorío. También otros personajes cervantinos, como el licenciado Vidriera, protagonizan, en mayor o menor grado, estas virtudes. Y es que Cervantes dejó sus huellas cardio-espirituales en todo lo que escribió. Sólo hace falta para descubrirlas y autentificarlas, una buena lupa, es decir, cierta dosis de curiosidad detectivesca. Ya, a simple vista, se descubre que en el código caballeresco de don Quijote esplende, por encima de cualquier otra peculiaridad, su deseo de implantar la justicia. Pero no una justicia tacaña, sino generosa e impregnada de misericordia. Don Quijote vive de acciones justicieras y bienhechoras. Y vive tan en tensión de las unas y de las otras que su ser verdadero se cifra en un querer ser, en una voluntad esforzada y animosa de servicio y de optimación de la sociedad. En él se verifica lo que él mismo atribuye a Sancho cuando dice de éste que "no sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos" (II, 14) Don Quijote se auto-reconoce, igualmente, como un caballero orientado a la construcción de la paz. En este sentido, y a propósito de su nombre, confiesa:

No sé si soy bueno, pero sé decir que no soy malo. (II, 72, p.1054)

Gran cosa es no ser malo; pero a nuestro personaje no le basta con eso. Lo que define su conducta no es, propiamente, lo negativo, sino lo positivo. Desde este punto de vista, la inteligencia cervantina, aunque un tanto apicarada a veces y caricaturizadora, se caracteriza, de ordinario, por el sentido de la misericordia y de la tolerancia. Es

lo más positivo de ella. Casi todos sus personajes, aunque pertenezcan al hampa, como Rinconete y Cortadillo, o sean farsantes, como Pedro de Urdemalas, o tipos de la clase popular, como **La ilustre fregona**, o de la etnia gitana, como **La gitanilla**, tan simpática ella, son mirados y tratados por él, más que como individualidades, como fragmentos de vida, como seres que integran el plurivalente conglomerado social de la época y, en términos generales, los ve a todos, si no con simpatía plena, sí con gran tolerancia. Naturalmente, a su primordial protagonista, aunque a veces parezca reírse de él, también lo ve así. Ellos, al igual que él su creador, son gentes que frecuentan los caminos y las ventas que afloran a la vera de éstos. Y por lo uno y por lo otro, propende a reconocerlos, más que a minusvalorarlos.

Cervantes mira la vida con ojos de condescendencia, más que de vituperio. En realidad, no se burla de nadie; antes bien, transige, conmisera, perdona. A veces satiriza, sí, pero su palabra no destila hiel. Se inclina más a la indulgencia que a la recriminación. Y, aunque pone de relieve los males de la mafia, como en el caso del clan de Monipodio, jefe del crimen organizado de Sevilla, no se ensaña con los agentes de la extorsión y del cohecho, ni con los líderes de la trampa. Y no es que le falte ética, no; es que le sobra bonhomía, generosidad, aceptación de las diferencias. Se compadece de las pequeñeces humanas, de las miserias, de lo que significa desventura. Así también don Quijote, su "alter ego" en más de un sentido, y su más acendrado protagonista. Más que al reproche, a la severidad, o al revanchismo amargo, como pudo haber ocurrido en el episodio de los galeotes, en particular, con el

desvergonzado y engreído Ginés de Pasamonte, se aproxima a la sabiduría del olvido y del perdón. Por eso, cuando Sancho le alerta sobre la repercusión que tal acto –la liberación que hizo de los tales- podría tener, por parte de la Santa Hermandad, él se autojustifica con las siguientes palabras, propias de un militante porfiado de la bondad:

Yo topé un rosario y sarta de gente mohína y desdichada, e hice con ellos lo que mi religión me pide. (I, 30, p.301)

Y, ¿qué le pedía su religión? Según se desprende de sus decires, ésta le pedía actuar de acuerdo con lo que a su juicio brilla más en Dios: la misericordia. Por eso también, cuando aconseja a Sancho sobre el método más apropiado para gobernar la ínsula, le recalca:

Nunca te guíes por la ley del encaje (arbitrariedad)... Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico... Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; porque no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo. Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia..... porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia. (II, 43, pp.841-42)

Este adoctrinamiento le revela al lector lo arraigado que subyacía en la conciencia cervantina el sentido de la compasión. De hecho, casi todos los personajes creados por él son, en mayor o menor medida, criaturas impregnadas de ese sentido. Hasta los mismos pícaros

parecen estar tocados por una tenue pincelada de idealidad. No se diga las prostitutas de las ventas o, como él las denomina, "las mozas del partido", en particular, aquella "Tolosa" y aquella "Molinera", a las que, no sólo "endoncella", sino que las condecora y ennoblece declarándolas "doñas", título este al que sólo tenían derecho, en aquella época, los hidalgos. No las desclasa, pues, como habría hecho con ellas el común de los mortales, sino que las prestigia socialmente. ¿Será verdad que es propio de las inteligencias superiores, no sólo ver lo mejor de los otros, sino disimular y compadecer sus defectos? El gran escritor inglés, Graham Grenne, así parece sugerirlo, cuando le hace decir a uno de sus protagonistas, este pensamiento difícil de olvidar: "Si fuéramos realmente inteligentes, compadeceríamos hasta los planetas". Cervantes, desde luego, poseía una inteligencia superior y quizá por ello fuera tanta su capacidad de compasión y de misericordia. Compadecía sobre todo, a quienes llevaban al desnudo, muy al desnudo, su pobre, su raquíta, su menguada dignidad como personas.

Curiosamente, por no sé qué ocultos designios del evangelio quijotesco, son dos de estas criaturas, horras de todo prestigio, las que lo prestigian a él, armándole caballero. Y son ellas también las que pueden llegar a conseguir la más ilustre alcurnia. Porque, tanto para Cervantes como para don Quijote, el título de noble, el verdadero título de noble, no se trae al nacer, sino que se conquista y se adquiere por las obras. El linaje genuino se cifra en ellas. La idea de que cada uno es hijo de sus obras, o lo que es igual, que cada uno se hace a sí mismo, se repite una y otra vez en **El Quijote**. Y tanto para su autor como para su

protagonista, lo mejor de la prosapia se llama benevolencia, tolerancia, caridad evangélica. La antropología cervantino-quijotesca se apuntala, en la línea del senequismo y del cristianismo erasmista, sobre la conducta recta y sobre la práctica de unas determinadas virtudes: la afabilidad, la cortesía, la humildad, el gesto caritativo... (II, 6, p. 581); o, más específicamente aún, se cifra “en el amparo de las doncellas, en el consuelo de las viudas y en el socorro de los huérfanos” (II, 16, p.646), acciones y actitudes que coinciden, casi al pie de la letra, con la propuesta cristiana del Apóstol Santiago cuando escribe:

La religión pura e inmaculada ante Dios Padre es visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y conservarse sin mancha en este mundo. (Santiago, 1, 27)

¿No coincide, sustancialmente, Don Quijote con el sentir del primo-hermano de Jesús, quien fuera el primer obispo de Jerusalén? Sí, coincide con su propuesta cristiana que es, ciertamente, una propuesta de ortopraxis, esto es, de conducta recta, más que de ortodoxia o simple fe teórica.

Se trata, sí, de una propuesta de ortopraxis! Tanto para Cervantes, como para su protagonista, “las letras sin virtud son perlas en un muladar”. (II, 16, p.648)

Don Quijote, caballero de la bondad y de la misericordia, se echa a andar por los caminos, al modo de Cristo, con un programa de acción que dimana, consciente o inconscientemente, de una ejemplaridad oculta y patente a la vez; una ejemplaridad que arraiga, tanto o más que en la caballería andante, en la seducción del Evangelio. En el fondo, la inteligencia cervantino-quijotesca se identifica con la del buen samaritano.

Es, en la medida en que se centra en el bien del prójimo y en el altruismo, una inteligencia jesucristica. A mi parecer, la configuración literaria de don Quijote se sustenta, en parte, aunque veladamente, sobre la del Maestro de Nazaret.

También la configuración de Sancho se perfila, sobre todo a la hora de gobernar la ínsula Barataria, como imantada por la misma inteligencia de su amo, y como una prolongación de ésta, pues, aunque le faltan letras, o sea, cultura, como él mismo reconoce, le basta con una sola norma para regirla con éxito: la de la presencia de Cristo en su en su mente. Y así, declara:

Letras, pocas tengo, porque aún no sé el abecé; pero bástame el Cristus en la memoria para ser buen gobernador. (II, 42, p.839)

Bástale, sí, el “Cristus”, si es de verdad que éste es el que rige su inteligencia y su voluntad. De cualquier modo, unas pocas letras no le irían mal, porque la mengua de éstas suele originar, con alguna frecuencia, fanatismos. Felizmente, hay algo en Sancho que suple su iliteracia. Este algo se llama paremiología; es decir, la sabiduría ancestral de los pueblos codificada en refranes. Y en esto, ¿quien se le equipara? Con sus refranes a flor de labios es un auténtico doctor y no hay argumento que se le resista.

Pero, volviendo a la inteligencia que llamo jesucristica, cabe comprobar que ésta se da cita en **El Quijote**, desde el inicio de la obra, cuando su protagonista, a imagen y semejanza del caballero de Cristo que fue Ignacio de Loyola, como ya lo vio claramente Unamuno, deja en libertad las riendas de su Rocinante, para que éste, representante de la Divina Providencia, al igual que lo fuera antes

la mula del Fundador de la Compañía de Jesús, se rija sólo por su instinto andariego; instinto que, como en el caso ignaciano, se considera y se tiene por un signo providencial. De forma paralela, Rocinante será quien diagrame, instintiva y providencialmente, el itinerario quijotesco. Creo, pues, que en este particular, la inteligencia cervantino-quiijotesca se halla motivada y movida, en cuanto a la ruta a seguir, por la ejemplaridad de la mula ignaciana; pero también y, simultáneamente, en cuanto a la filosofía de su acción, por un principio apriorístico que determina y permea toda la andadura del brioso “Caballero de la Triste Figura”. Tal principio no es otro que el de “la razón de la sinrazón que la razón no entiende”. Principio este que trasciende y que supera todo racionalismo y que se puede describir, a la luz de su contexto, como la locura del bien; o lo que es igual, como un ir siempre al encuentro de la justicia y de la misericordia.

Pero, ¿por qué ir a ese encuentro? He aquí la respuesta: Porque su protagonista se considera llamado a ello. Don Quijote entiende que tiene que realizar una misión. Se trata de una misión de justicia y de misericordia; algo, ciertamente, muy jesucristico. La misma se nos revela y se nos propone desde el principio de su itinerancia. Son varias las expresiones suyas que la perfilan o delinean. He aquí, en su desnudez programática, las más concretas:

-ir por todas las cuatro partes del mundo buscando aventuras, en pro de los menesterosos. (I, 3, p.48)

-es mi oficio y beneficio andar por el mundo enderezando tuertos y deshaciendo agravios.

(I, XIX, p.174)

Y en el episodio de Juan Haldudo, rico vecino de Quintanar, a quien nuestro protagonista sorprende en el trance de castigar cruelmente a Andresillo, su pequeño criado, le conmina con estas palabras que revelan, al par que su autoimagen, su pundonor:

...sabed, le dice, que yo soy el caballero don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones. (I, 4, p.57)

Y cuando Sancho le pregunta, ante los supuestos dos ejércitos que se disponen a enfrentarse,- tal como son, en la imaginación de don Quijote, dos rebaños de ovejas que se avecinan-, qué es lo que ellos deben hacer, el intrépido caballero le responde, de forma lacónica y rotunda:

¿Qué?... Favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos.

(I, 18, p.162)

Sí, don Quijote cree que él tiene una misión que cumplir, ya que se considera, - y a sus ojos lo es -, un “ministro de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia”. (I, 13, pp.118-119) Por esta razón se muestra orgulloso de su oficio y vive como héroe de la esperanza; pero un héroe que busca, más que la fama terrestre, la gloria inmortal de los cristianos católicos. Y cree más todavía: cree que él representa el final de una época y el principio de otra; o lo que es igual, que él divide la historia en un antes y un después, siendo este después el principio de un tiempo nuevo, tal como lo proclama ante los cabreros, en su paradigmático discurso sobre la edad dorada. Ésta utopía de pasado o de paraíso perdido comprende, básicamente, dos contingencias:

abundancia de bienes, por una parte; y, por la otra, supresión de los dos vocablos más nefastos, tal vez, de la historia de la humanidad: los términos tuyo y mío, ejes en torno a los que giran y han girado siempre casi todas las desdichas y las desavenencias de los hombres.

El agente protagónico de este cambio se auto-reconfigura, pues, no sólo como un reformador ético, sino como un renovador mesiánico que, inevitablemente, por asociación teológico-cristiana, se vincula, de alguna manera, en la mente del lector, con el Cristo de los Evangelios. Como Él, don Quijote implanta una nueva era.

Desde otro punto de vista, cabe pensar y hay que admitir que en don Quijote casi todo resulta anacrónico y ridículo, provocador, por tanto, de burla. Así lo es la caballería andante, sus arreos, su armadura, su modo de vivir y hasta su fervorosa disertación sobre la mítica edad de oro. Pero, pese a sus extravagancias, pese a lo estrambótico y, en apariencia, estafalario de su ser, hay en él algo que no es menospreciable; algo profundamente humano que nos lo evidencia como uno de los seres más ricos en humanidad; como una figura de verdad egregia. Este algo es su voluntad de bien, su afán de cambio social, su deseo de transformar, de redimir el mundo. En este deseo cuaja lo más venerable de su personalidad, lo más audaz de su conducta, lo más hermoso de su mensaje. En él se resume toda la locura de su bondad y toda la bondad de su locura.

Cabría señalar también que, si por una parte don Quijote se muestra ciego para todo lo que se halla fuera de sí mismo, ya que su fantasía se superpone siempre a la realidad, en lo que respecta a su mundo interior resulta clarividente,

pues sabe bien lo que desea y lo que busca. Y desde aquí, desde este saber luminoso de su mundo interior, se proyecta –y hay que reconocerlo– como un caballero espiritual y evangélico. O si se prefiere, como una reminiscencia del buen samaritano. Porque su acción se orienta, una vez y otra, como la del Maestro de Nazaret, a remediar aflicciones. Desde este punto de vista constituye, a mi juicio, la figura más noble de la literatura española: una síntesis de conciencia crístico-caballeresca y de goticismo político-religioso, en consonancia, más allá de todo posible y verificable erasmismo, -y que me perdonen todos los que me tengan que perdonar por esta afirmación-, con la fe tridentina. La religiosidad de don Quijote deviene, como hija legítima de la del soldado que fue y que luchó contra los turcos, un tanto épica; una religiosidad cuyo modelo lo visualiza, más o menos irónicamente, en el apóstol Santiago, el denominado por el pueblo español “Matamoros”, a quien nuestro protagonista considera como “uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y que tiene ahora el cielo”.(II, 58, p.954)

Definitivamente, don Quijote es un caballero de Dios al servicio del prójimo; un cruzado de su causa, un altruista, un ser que sabe que Aquel a cuyo servicio él anda, no le ha de fallar.(I,18,p.168)

Así, pues, en su trasfondo último, la inteligencia cervantino-quijotesca tiene para mí, ciertamente, carácter ético-redentor; es una inteligencia en aras de los valores cristianos. Por su protagonismo, don Quijote se acredita para el título de santo laico, a quien bien se le puede levantar un altarcito en el corazón y, desde luego, yo se lo levanto en el mío, ya que en todo momento, su

voluntad se manifiesta como un proyecto de bien, por más que una tras otra, todas sus aventuras desemboquen en un desbarajuste; y por más que una tras otra sean objeto de befa. En estas desventuradas aventuras hay un derroche inmenso de valentía, de sacrificio, de generosidad, de entrega y, simultáneamente, ni un ápice de acrimonia, de resentimiento, o de claudicación de su programa. Don Quijote, por más que pierda, una tras otra todas las batallas, no se frustra, ni se desentiende de su proyecto, ni se da por vencido.

Pero, además de ético-reformadora, la inteligencia cervantino-quijotesca es dialógica, ya que se mueve entre “la razón de la sinrazón que la razón no entiende” y el sentido de lo real, que es el de las necesidades del prójimo. Se trata, por tanto, de una inteligencia altruista; una inteligencia que une el desvarío de la acción con la sensatez de los principios que la motivan. En cuanto a lo primero –“razón de la sinrazón que la razón”-, Cervantes es, acaso, uno de los primeros escritores en darse cuenta que la sola razón no basta para explicar la vida; que lo que él llama “razón de la sinrazón” constituye, - en la medida en que esta expresión se identifica con las vivencias más profundas, es decir, con el magma de los deseos, de las ensañaciones, de las emociones íntimas, de lo que se aspira a ser....-, una precursoría del subconsciente, como ingrediente constitutivo y natural de toda epistemología profunda. Por este ingrediente, el áureo escritor rompe, a mi juicio, los moldes del racionalismo puro, lo que es, de lo real tangible, de lo real verificable, de lo real estrictamente racional, y se instala en el vestíbulo de la razón existencial, en beneficio de lo real sensible, de lo real soñado, de lo real

como propuesta y como respuesta a las exigencias más profundas del vivir. Cervantes se da cuenta de que la patria interior del hombre desborda las fronteras de la pura razón.

La inteligencia cervantino-quijotesca es, igualmente, una inteligencia integradora de lo sublime y lo ridículo, de lo provocador y lo sensato, de la docilidad a lo real y a lo ficticio, de la inmanencia y de la trascendencia. Una inteligencia, por lo tanto, inclusivista, capaz de asimilar y digerir la heterogeneidad del ser y del existir humanos.

En conclusión: Presumo que con lo expuesto basta para entrever que en la reconfiguración de don Quijote, Cervantes quiso evocar y evocó de algún modo, la figura de Cristo y su doctrina. Desde este punto de vista, su protagonista, si bien no alcanza una plena dimensión cristológica, sí la sugiere. La idea de Unamuno de que Dios “le dio a Cervantes el evangelio del Quijote”, -de acuerdo con su soneto “La sangre de mi espíritu”-, trasciende, a mi juicio, el tema de la lengua. Ésta es, sí, metafóricamente hablando, un evangelio lingüístico; un texto cabal, desde el punto de vista de la forma; pero lo es también desde el punto de vista semántico. En ambos sentidos -forma y fondo-, le es aplicable el término evangelio. Lo es como creación literaria íntegra y constituye, como ya lo he anotado, un libro de auténtica espiritualidad cristiana. A veces, las similitudes entre el Maestro de Nazaret y el Caballero de la Triste Figura saltan a la vista y todos las captan. En otros momentos, tales semejanzas se producen con más recato. Tal ocurre, por ejemplo, cuando don Quijote, deseoso de saber lo que opinan las gentes sobre él, recaba de Sancho los juicios que éstas emiten:

....dime, Sancho amigo, ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos, en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas, qué de mi cortesía? (II, 2, pp.554-555)

El interés de don Quijote por conocer lo que los otros piensan sobre su persona es natural y genuino. Se trata de la fama, de “la sin par Dulcinea de la fama”, que diría Unamuno. También la respuesta de su escudero resulta propia y ajustada a los hechos. Éste, con la franqueza rústica que lo caracteriza, le contesta al punto:

Pues lo primero que digo, es que el vulgo tiene a usted por un grandísimo loco... Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuestra merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto don y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo atrás y otro delante”. (II, 2, p.555)

Y sigue el recuento pormenorizado y desmitificante en cuanto a valentía, cortesía y demás atributos caballerescos. Todos los pareceres que le transmite Sancho resultan demoledores, defraudantes, de una bochornosa minusvaloración. Jamás don Quijote había recibido un castigo tan contundente. Sin embargo, no se inmuta. Y agarrándose, como a tabla de salvación, para no naufragar en el piélagos revuelto de su autoestima, a los numerosos incomprendidos de la historia, le responde, mitad gallardo y mitad mohíno:

Dondequiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida.
(II, 2, 555)

Y, a modo de autoconsolación, hace

un recuento de algunos grandes hombres de la historia desollados en vivo por la irreverencia pública.

Naturalmente, el lector de este episodio, rememora otro de estructura muy similar, en los evangelios: aquel en que Jesús, llevado por su interés mesiánico, o social, o político, les pregunta a bocajarro a sus discípulos:

¿Quién dicen los hombres que soy yo? Ellos –prosigue el evangelista– respondieron: unos que Juan el Bautista; otros, que Elías y otros, que uno de los profetas. (Mc.8, 27-29)

Entonces, el Nazareno, con curiosidad creciente, recaba: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”

Así, en el texto evangélico. Ante él, me pregunto: ¿Estará de más suponer que este episodio le sirvió a Cervantes de modelo para elaborar el suyo sobre la inquietud casi idéntica de su protagonista respecto a su propia persona? No; no está de más suponerlo. Cervantes construyó **El Quijote** a la luz de los libros de caballería, sí; pero también, y subrayo este también, al amparo de los evangelios. Las reminiscencias son claras. Por eso, la inteligencia cervantino-quijotesca se me ofrece como una inteligencia irisada de connotaciones jesucristicas.

He sostenido en diversas ocasiones que un libro es tantos libros cuantos lectores tiene. En mi caso particular, como lector querencioso de **El Quijote**, éste, constituye y entraña una criptografía crística. No todos lo verán así; pero, para mí representa una de las dimensiones más significativas de su polisemia.

Recibido 11-16-05

Aceptado 12-15-05

* Todas las citas se hacen por la edición de *El Quijote* de Martín de Riquer, Editorial Juventud, S.A., Barcelona, 1971.